

PREGÓN DE SEMANA SANTA OVIEDO 2005

Excelentísimo Sr. Presidente del Tribunal Superior de Justicia.
Ilustrísima Concejal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Oviedo
Dignísimos Srs. Presidente de la Junta de Hermandades y Cofradías y Hermanos
Mayores de las Cofradías de la Ciudad.
Señoras y Señores
Queridos amigos.

Perdonad mi turbación, así como que mis palabras se escuchen sin duda temblorosas, por la gran responsabilidad que asumo, cuando aún resuenan en esta sala los aplausos que premiaban al pregonero anterior, la gran dama y excelente escritora Carmen Ruiz-Tilve, Cronista Oficial de Oviedo, deleitándonos con su siempre amena y documentada palabra.

Si ello no fuese motivo suficiente para causar tal situación anímica, también pesa en el ánimo de quien os habla la pléyade de quienes con anterioridad ocuparon este honroso cargo a lo largo de los años, desde la ya lejana década de los años 50 del pasado siglo. Permitidme que cite sólo, a los que desgraciadamente ya no están entre nosotros, así como que en aras de la brevedad omita tratamientos que tan merecidísimamente obtuvieron. Escritores y periodistas de la talla de Juan Antonio Cabezas, José María Fernández Buelta o José Antonio Cepeda; prestigiosos y doctos catedráticos universitarios como Valentín Andrés Álvarez, Sabino Alonso Fueyo, o Luis Alfonso Martínez Cachero; eclesiásticos de la talla de Fray Justo Pérez de Urbel, y prestigiosos profesionales y políticos como Valentín Masip Acevedo, Vicente Santín Díaz o Luis María Fernández Canteli. Sin duda, hay que ser osado para intentar emularlos y de ahí la turbación de que antes hablaba.

Quizás por ello, ya estoy incurriendo en descortesía por no corresponder en primer término, con la gratitud debida, a la Junta de Hermandades y Cofradías de la ciudad por el honor, tan alto como inmerecido, que me ha dispensado nombrándome Pregonero de nuestra Semana Santa, así como a las elogiosas palabras hacia mi persona del presentador Ricardo Loi, Hermano Mayor de la Cofradía del Santo Entierro y Nuestra Señora de los Dolores, fruto sin duda de su demostrada generosidad y de la amistad que desde hace muchos años nos une, y no de merecimiento alguno por mi parte.

Confieso honestamente que nunca hubiera imaginado que algún día llegaría a ocupar esta privilegiada tribuna para contaros lo que sin duda muchos sabéis mejor que yo y ante un auditorio que confía a mi humilde palabra la enorme responsabilidad, pero también el inmenso privilegio, de anunciar las celebraciones procesionales de la Semana Santa de nuestra querida ciudad.

¡Semana Santa de Oviedo! Cuantos recuerdos acuden a la mente, al conjuro de estas palabras, de lo leído, oído, y vivido a lo largo de los años. Recordar, se dice, no sin razón, es volver a vivir.

Cerca ya de las cuatro centurias, lejos pues en el tiempo, -dice Casielles- queda la procesión que el Lunes Santo realizaba la Antigua Orden Tercera de Penitencia, radicada en el desaparecido convento de San Francisco, con su popular Viacrucis portando en andas la imagen de su Nazareno.

La del Martes Santo, de la Cofradía de San Pedro Apóstol, radicada en la antigua Parroquia de San Juan el Real, entonces en la actual calle Schultz, popularmente llamada “de las lágrimas de San Pedro” con aquel célebre paso apodado por el pueblo, siempre zumbón, “la panera”, dadas sus grandes dimensiones, y sobre él, la imagen de Jesús en el momento de su prendimiento, rodeado de soldados romanos armados, con el traidor Judas, y Pedro, el discípulo y Malco el criado enviado del Sumo Sacerdote al que aquel, con su espada le **rebanó** una oreja, con la inmediata condena de El Maestro: “¡Vuelve tu espada a la vaina, que quien a hierro mata a hierro muere!”; tras la “panera” el paso de san Pedro orante ante Jesús, atado a la columna, y cerrando la procesión el paso de la Virgen de los Dolores.

La procesión del Miércoles Santo, llamada de la repartición, que desde el convento de San Francisco repartía, de ahí el nombre, imágenes por distintas capillas del centro de la ciudad.

La imagen de la Dolorosa a hombros de cuatro sacerdotes, era traída desde la Capilla de los Remedios de la calle de la Vega y depositada en la capilla de la Magdalena; la imagen de San Juan, se dejaba en la capilla de San Nicolás de Cimadevilla, anexa al hospital del mismo nombre, también llamado de Santiago.

E igualmente en el recuerdo, la franciscana procesión, el Jueves Santo, de la Cofradía de la Vera Cruz, con la imagen de Cristo atado a la columna, y de un Ecce-Homo con caña o cetro en las manos; tras ellos, Jesús Nazareno cargado con la Cruz y cerrando el cortejo un Crucificado de gran tamaño y de mucho valor y devoción.

Procesión solemne, en la que los hermanos portadores de la imágenes, iban vestidos con túnicas o sayales morados, sogas de esparto al cuello y coronas de espinas en sus cabezas. Tras su paso por las calles de san Francisco y antigua de la Picota subían, calle del Peso arriba, hacia la entonces Plaza Real, para una vez allí, escuchar el relato de la Pasión que un fraile franciscano pronunciaba desde el balcón del Ayuntamiento; y presenciar igualmente la llegada de la imagen de la Virgen Dolorosa desde la cercana capilla de la Magdalena y la de San Juan desde la también cercana de Cimadevilla, para encontrarse ambas en la plaza con Jesús cargado con la Cruz, razón por la cual era llamada “la procesión del Encuentro”.

Y como no recordar la ceremonia del Descendimiento del Viernes Santo o desenclavo y el posterior “Entierro de Cristo” que tenía lugar en el dominico convento de Santo Domingo, luego trasladada a la parroquial de San Isidoro, cuando la ley desamortizadora obligó a los frailes a su abandono, a la que dicen las crónicas que acudía el Ayuntamiento en pleno con sus capas de luto.

Surgen también en el recuerdo, ahora ya más cercano en el tiempo y por muchos de vosotros vivido en los años 50 del pasado siglo, otras procesiones.

La borriquilla de San Pedro de los Arcos, celebrando la entrada de Jesús en Jerusalén, rodeado por niños con palmas y ramos de laurel.

La procesión del Cristo del Consuelo, de Santullano en su visita a la cárcel, entonces en la falda del Naranco, con el tradicional sermón a las puertas de la misma, cofradía cuyos orígenes se remontaban al siglo XVIII y en la que participaba todo el barrio

La de la Cofradía del Santísimo Cristo de la Misericordia, vulgo de la Juventud del Carmelo, con hábitos de terciopelo marrón, cíngulo rojo, capa y capuchón blancos, portando los hachones a cuadril, es decir, apoyados en la cadera, con su imagen titular, un crucificado de talla, de autor desconocido llevado a hombros por asalariados; y a la cabeza de la procesión una escuadra de soldados romanos a caballo con el estandarte o senatus en el que figuraban el S.P.Q.R (Senatus Populusque Romanus) insignia de las legiones de Roma.

La de la Cofradía del Silencio, de la Parroquia de Santa María la Real de la Corte, con sus cuatro pasos o tronos, en la que los cofrades de cada uno de ellos, con negro hábito, variaban el color de capuchón, cíngulo y botonadura entre el blanco, rojo, verde y morado, acompañando, entre otras imágenes a un crucificado, el Cristo de la Agonía o de la Piedad.

La de la Cofradía de El Salvador, sección religiosa de la Hermandad de Defensores de Oviedo con sus vistosos hábitos blancos y azules, los colores de la ciudad, cargados de medallas y condecoraciones, que según cargo o cometido, utilizaban alto capuchón o birrete rematado por airón de dos vistosas plumas, y obligada muchos años a solicitar prestado para procesionar un Calvario propiedad de las monjas salesas del Monasterio de la Visitación, hasta que por fin pudo estrenar su imagen titular.

La de la Celeste Real y Militar Orden de la Merced, con sus blancas capas medievales y capirote rojo, anunciada por bocinas adornadas con ricos paños, a las que la prensa de la época llamaba curiosamente heraldos, acompañando la imagen de Jesús Cautivo -primero sedente y luego erguido-, llevada en andas sobre pesado trono, al que el remarcado paso de su portadores hacia parecer caminaba sobre la multitud para asombro de la chiquillería.

La de la Cofradía del Encuentro, sólo de mujeres, la mayoría luciendo hermosas mantillas de encaje en blonda o chantilly, bajo la presidencia de su impulsora Mercedes Barón de Arnáez, madre del trapense beato Rafael, acompañando a hermosas imágenes policromadas, hoy desaparecidas, de Jesús con la Cruz, María su madre y María de Magdala, bajo la vigilante mirada de un soldado romano.

La del Santo Entierro, al que abría paso la Guardia Municipal con uniforme de gala, sobre de briosos corceles, cita obligada de todas las cofradías de la ciudad que eran colocadas por orden ascendente de menor a mayor antigüedad. Tras las cofradías, el seminario en pleno con su Schola Cantorum, vestidos todos con blanco roquete y bonete en la mano. La imagen de Jesús Yacente y la de la Madre Dolorosa, eran llevadas en andas por clérigos revestidos con alba y estola. Tras las imágenes, el Sr. Obispo de traje de coro, las autoridades locales y provinciales con uniformes de gala y bastones de mando -tan de la época-, el Cabildo catedralicio con las mucetas rojas de las dignidades y las moradas de los beneficiados, representaciones de las ordenes y comunidades religiosas de la ciudad, y muchos fieles -todos varones- ya que a las mujeres les estaba vetada su asistencia. Cerrando la marcha una compañía de honores con bandera y banda de música, que terminada la procesión desfilaba en la plaza del Ayuntamiento.

¡Cuantos y cuantos recuerdos, ya casi olvidados por el inexorable paso del tiempo...!

Pero dejemos el pasado a los historiadores, centrándonos en lo que nos ocupa, y cumpla quien os habla con la obligación contraída de anunciar y pregonar la Semana Santa actual que es lo que habéis venido a escuchar. Algún día, cuando se escriba la historia de la Semana Santa de Oviedo, esa historia aún por escribir, tiempo habrá de ocuparse con detalle de estos y de otros pormenores.

Permitid pues a este pregonero, que con brevedad, pues el tiempo apremia, y no sería correcto abusar de vuestra paciencia, intente referirse a las procesiones que dentro de escasos días recorrerán las calles y plazas de la ciudad.

Es consciente quien os habla de que hoy en día se alzan voces que pregonan de contrario que estas manifestaciones de religiosidad popular, corresponden ya a otro tiempo, que están desfasadas, que son fruto de la nostalgia de gente más o menos cargada de años. Pero quienes así se expresan, desconocen sin duda, -y no hay mayor atrevimiento que la ignorancia-, que si, vulnerando las reglas o constituciones de las Cofradías, levantásemos el capuchón, capillo o capirote a los centenares de cofrades que van formando parte de ellas, nos encontraríamos con los rostros sudorosos de cantidad de jóvenes, tanto hombres como mujeres, que con fe y convicción en lo que están haciendo, continúan las tradiciones que heredaron de sus mayores dispuestos a transmitir las mañana a los que les sucedan.

Martes Santo en Oviedo. Ese día, las túnicas y hábitos dejan de oler a naftalina. Cuando el día comienza a cerrarse y los faroles dejan sentir su tímido tintinear, la Cofradía de El Silencio y Santa Cruz sale a la calle. Es la más joven, aunque tenga ancestros en los años 40 del pasado siglo.

Su clara influencia leonesa, la denota su terminología. Seises llaman a sus cargos directivos y braceros a quienes portan o según ellos pujan los pasos. Tras salir de su templo de Santa María la Real de La Corte, bajará la cuesta de San Vicente, y atravesando lo que en el pasado fue arco o puerta de La Noceda enfilará lo que antaño se llamó Traslacerca, para bordeando los restos de la antigua muralla, girar al fondo, a la altura de lo que en su día fue castillo y fortaleza de ciudad.

A la cabeza, música de capilla con instrumentos de metal. La ronda, le dicen. Detrás, una gran Cruz de madera, llevada a hombros de cuatro hermanos cofrades. Cruz vacía, pero que a su paso aglutinará en vuestra mente esas otras cruces que todos encontramos en nuestro diario vivir: la pobreza, el paro, la droga, la vejez, el dolor, la enfermedad...

Tras la Cruz, el paso de Jesús Flagelado, pujado por sus braceros, obedientes y disciplinados al toque de campana, golpeando rítmicamente el suelo con las orquetas que habrán de servirles de crucial ayuda en las paradas del recorrido. Al ver la imagen de Jesús, vendrán a vuestro pensamiento los versos del gran Lope:

Las manos que el cielo hicieron,
atadas con un cordel
en una aldaba de hierro
que yerro del hombre fue,
y porque las espaldas
el hierro no alcancen bien
tienen los brazos cruzados
para que sin cruz no estén.

Si la seguís en su caminar, observaréis que tras bordear lo que su día fue plaza de la fortaleza, desembocará en la grandiosa plaza de la catedral y podréis contemplar la hermosa filigrana de su torre. “Poema romántico de piedra”, en palabras de “Clarín”, el provinciano universal. Luego, atravesando, entre el viejo San Tirso y la Santa Basílica se internará en el Tránsito de Santa Bárbara, y dejando a un lado el Huerto de Pachu el Campanero con su historia de amor y sangre y la torre románica, tras pasar bajo el arco del Palacio Arzobispal, desembocará en la recoleta Corrada del Obispo. ¡Que bellas imágenes podréis contemplar en este tramo de su recorrido con la iluminada mole catedralicia sirviendo de telón de fondo, mientras resuenan en vuestros oídos los destemplados tambores que acompañan el paso!

Miércoles Santo. Al caer la noche, con el hachón en la mano y el silencio en la boca, comienzan su estación los devotos de la Hermandad y Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Antiquísima cofradía, conocida ya de antaño con los títulos de Antigua y Venerable, aunque sin duda por humildad o modestia hoy no utiliza.

Tras salir del dominicano templo en que se venera, veréis subir la imagen del Varón de Dolores, cargado con pesada cruz, calle del Matadero arriba, como si el antiguo nombre de la vía fuese ya una premonición de lo que se le avecina.

La imagen de Jesús viste túnica morada ricamente bordada ceñida por trabajado cíngulo en hilo de oro. La larga melena, de pelo natural, enmarca la faz de un hombre avejentado por el sufrimiento que dulcemente abraza la cruz tallada que lleva sobre el hombro. Rostro sublime de resignación y dolor, con la

espalda encorvada bajo el peso del madero.... ¿Su autor, preguntaréis? Dicen que fue Antonio de Borja, escultor saguntino y guadalajareño, formado en la escuela castellana, vecino de esta ciudad donde falleció y que jamo tanto a su Nazareno ovetense! que se enterró en su iglesia un 12 de mayo en el lejano año de 1730.

Y ante la venerada imagen brotarán en vuestros los labios los versos de la ovetense Blanca María Alonso Rodríguez:

Señor, quisiera ser tu cirineo,
cargar sobre mis hombros tu suplicio,
trocar el gran pecado en sacrificio;
limpiar mi ardiente fe con mi deseo
Señor, quisiera ser aquel pañuelo,
secar tu faz sangrante, dolorida,
trocar tu sufrimiento por mi vida;
limpiar mi ardiente fe, mi eterno vuelo.
¡Permíteme, Señor, en tu calvario,
posar en mis abrazos tu agonía,
hilar con penitencia tu sudario!
¡Permíteme, Señor, como a María,
llorar sobre tu pecho su rosario,
salvar de humana culpa el alma mía!

¡Llegaos a la plaza de Catedral! En ella, podréis ser testigos y partícipes del tradicional Viacrucis, piadosa devoción cristiana instaurada por el dominico fray Álvaro de Córdoba y popularizada en Sevilla por D. Fadrique Enríquez de Ribera, I marqués de Tarifa, cien años más tarde, allá en el siglo XV.

Colocados los estandartes del Vía Crucis en derredor de la plaza, la imagen de Jesús pasará por delante de cada una de las estaciones en ellos representadas, mientras se escucha el predicar de un docto dominico.

Concluido el rezo, volverá la imagen a su templo, acompañado por los hermanos nazarenos, por rúas y calles centenarias, como denotan sus antiguos nombres: Picota, Calle Nueva, Solazogue, los Cuatro Cantones, la Ferrería. Su paso por ellas os encogerá el alma viendo como la imagen, que casi roza los alfeizares de las ventanas, debido a su estrechez.; parece querer abrazar a cada uno de los vecinos, que para admirarlo, se arremolinan en los balcones. Y de vuelta en casa, y recogida ya en su templo, podréis contemplar la porfiada lucha de cofrades y devotos para hacerse, como recuerdo postrero, con alguno de los rojos claveles que cubrieron el monte de su trono.

Permitid a este pregonero, ahora que nos encontramos en mitad de la semana, hacer una pequeña digresión para tener un emocionado recuerdo de esas abnegadas mujeres que son las Camareras de las imágenes de vestir. ¡Sólo unas delicadas manos de mujer podían hacer tal impagable labor! Con que celo, con que amor, con que delicadeza desarrollan su oculto trabajo. Alfileres, imperdibles, corchetes o zarrapolleras, -siempre ocultos a indiscretas miradas ajenas-, son colocados en el lugar idóneo. Enaguas almidonadas, sayas, túnicas, mantos y tocas planchadas con mimo y pulcritud, para que las imágenes luzcan con todo su esplendor. Su callada labor quizás nunca será apreciado por ojos humanos. Conoceremos el autor de las imágenes, de los pasos, pero no trascenderá quien las vistió. Gracias Camareras, por vuestro generoso y silencioso trabajo.

Jueves Santo. Jueves de la Cena, como antiguamente era llamado por conmemorar la institución de la Eucaristía. Cuando el día cierra ya sus grandes párpados, la imagen de Jesús Cautivo comienza su lento caminar, y las calles de la ciudad se llenan con las siluetas blancas y rojas de sus numerosos cofrades. Ambos son colores profundamente litúrgicos, el primero eucarístico, el segundo de pasión.

Al ver la imagen de Jesús, sobre un monte de rojos claveles surgirán en vuestra mente de forma súbita los certeros versos del poeta navarro José María Zanduetta:

Corre la sangre en tu divina frente.
La corona de espinas te han clavado
y en sus enhiestas púas se ha incrustado
todo el rencor y el odio de la gente.
Te proclaman por Rey solemnemente
y con cruel desdén te han coronado.
Tu cetro es una caña. Tu reinado,
la farsa de un disfraz irreverente.
De púrpura te visten.” ¡Ecce Homo!”
y te escupen al rostro con desprecio
tras su burda y sacrílega encerrona.
Hay en tu santa faz humilde aplomo
y en tus verdugos ira y menosprecio
al engastar tu sien brutal corona.

Tras Él, la imagen de Nuestra Señora de la Merced, sobre un mar de cirios y flores blancas. En sus manos, unas cadenas, recuerdan su papel

maternal de rescatadora de cautivos. Varales plateados sostienen precioso palio, y su andar pausado y la leve brisa de la tarde-noche, hacen mover cadenciosos los flecos y borlas de sus bambalinas.

¡Acudid a la plaza de Porlier, antigua de la Fortaleza, y presenciareis un espectáculo inolvidable! El hermano mayor golpeará la aldaba o llamador a las puertas del templo de la Justicia y un hombre privado de libertad, el don máspreciado de que pueda gozar, alcanzará el perdón y será libre. El rito, no es baladí, os lo aseguro. Se cuentan con los dedos de las manos y aun nos sobran, las poblaciones que gozan de tal privilegio.

Y si preguntáis por el origen de tal tradición, os contarán como lo concedió por vez primera el rey Carlos III a la malagueña cofradía de Jesús el Rico, cuando un grupo de presos de la cárcel local solicitó permiso para sacar en andas la imagen de Cristo a fin de impetrar el final de una devastadora epidemia de peste. Al serles denegado, abandonaron la prisión, y a hombros, la llevaron por toda la ciudad. Una vez de vuelta, todos volvieron disciplinadamente a la cárcel y ni uno sólo pretendió aprovechar la ocasión para escapar. En premio de tal acción decretó el rey un indulto anual para un preso, privilegio mantenido hasta hoy y posteriormente extendido a otras escasas poblaciones.

Viernes Santo. Viernes de la Cruz. ¡Todo se ha consumado!. Las profecías, inexorablemente se han cumplido. Una urna dorada, sirve de lecho mortuorio al cuerpo inerte de Jesús, que con mimo y unción hombrean sus costaleras. La imagen presenta las manos agarrotadas y los pies aún superpuestos, denotan el terrible suplicio que ha sufrido. Si conseguís acercaros, observaréis también escoriaciones en las rodillas fruto de sus múltiples caídas. Su cuerpo ensangrentado lo cubre una palidez cadavérica. Solo un gran artista pudo ser su autor. Dándole escolta, como desde siempre, una escuadra de la Guardia Civil, con los tricornios en el cogote, correaes y manoplas amarillas de gala y las armas a la funerala.

Tras Él, sobre un trono de madera adornado con hermosas tallas en los costados, la Madre Dolorosa. Ella, la Señora, viste de negro. Sin duda os llamará la atención su traje de corte monjil. Era el usado para luto por las damas españolas del XVIII. Cuenta la tradición, que el primero usado por este tipo de imagen Dolorosa, perteneció a la condesa viuda de Ureña, camarera mayor de la Reina Isabel esposa de Felipe II.

No lleva alhajas, salvo la corona de oro que ciñe sus sagradas sienas. En sus delicadas manos hermoso rosario y pañuelo de encaje. Sobre el pecho un

corazón atravesado por siete espadas. ¡Un antiguo copón de plata fue fundido hace casi tres siglos para labrarlas! Por sus pálidas mejillas, casi de niña, corren las lágrimas. Es comprensible ¿Qué puede ser más doloroso para una Madre que ver morir a un hijo, como le ha ocurrido Ella?

Y mientras la procesión avanza por la plaza Mayor y se adentra en las calles cercanas, alguien recordará, recitándolos mentalmente, los versos de Gerardo Diego:

Dame tu mano María,
la de las tocas moradas.
Clávame tus siete espadas
en esta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía...
tarde negra y amarilla.
Aquí en mi torpe mejilla
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata,
esa lágrima que brilla.

Más tarde, si os acercáis a la Plaza de la Catedral, podréis ser testigos de una bella ceremonia de clara influencia bizantina. Un grupo de niños, los Morabetinos de la Dolorosa, honrarán la imagen del Santo Cristo Yacente derramando a sus pies pétalos de rosa.

Al reanudarse la marcha, el cuerpo inerte de Jesús, pasará ante la imagen de su Madre, y ésta, la “ancilla domini”, la esclava del Señor, le hará respetuosamente la venia, inclinándose el paso hasta que los varales que lo sostienen, casi lleguen a tocar el suelo.

Sábado Santo. Día por demás extraño. Único del año en el que la iglesia no celebra la Eucaristía. Los altares permanecen desnudos. Los sagrarios vacíos. Es día de silencio y soledad.

El pueblo cristiano, -con fina intuición-, ha puesto imagen a este silencio y a esta soledad en la advocación de Nuestra Señora, convirtiendo la soledad, en nombre propio. A las diez de la mañana saldrá de San Isidoro la que será por este año la última procesión. La imagen de Nuestra Señora luce hoy sobre su pecho un corazón de plata atravesado por una daga, inequívoco símbolo del inmenso dolor que la embarga. Y ante su vista, ahora que el sol permite contemplar mejor su hermosura, surgen los versos, esta vez, de Miguel de Hoyos:

- Oye un momento escultor.
¿Como lograste labrar
esta efigie del dolor,
que hace con verla, llorar?
¿Te inspiró un fiero pesar
o te inspiró un gran amor?
Si fue una pena, ¡que pena
tan henchida de amargura
y de dulzura tan llena!
Pena de tanta hermosura
que con sublime locura
la envidia toda alma buena.
Y si solo fue un amor
el que te supo inspirar...
dime el secreto escultor
que yo también quiero amar
de un modo que hace temblar
pero no infunde pavor.
¡Madre mía Dolorosa!
Cuando miro, compungido,
de tu imagen portentosa
ese tu rostro afligido,
un dulce amor dolorido
del corazón me rebosa.
Y no se cual es más fuerte:
si la pena de mirarte
con ese rostro de muerte,
o este deseo de amarte
con que el alma se me parte
por el temor de ofenderte.
¡Bella imagen, esculpida
por un artista cristiano,
toda de dolor transida
llena de amor soberano,
brindando al genero humano,
ayuda nunca fallida!.
Dile imagen a tu autor
que me preste la centella
de su fuego inspirador,
que quiero encender con ella
junto a su rostro, una estrella

luminaria de mi amor.

Ese día, si el tiempo es propicio, acudid a la plaza del Ayuntamiento, cercanas las doce del mediodía. Veréis llegar por el Arco de Cimadevilla la imagen de Nuestra Señora de la Soledad -la Señora de Oviedo como con acierto ha sido llamada- a hombros de sus costaleros.

Estos, aunque cansados del esfuerzo realizado durante el trayecto, aún tendrán fuerzas para levantarla y mecerla, que no bailarla, a los sones de “Mater mea”, hermosísima y rítmica composición del maestro Dorado.

Y tal parece que a María, alguien, por qué no un ángel, le ha susurrado al oído que su Hijo Jesús ha resucitado, y pese que aún viste ropas de luto y se cubre con toca de duelo, una tenue sonrisa parece asomar en su divino y pálido rostro, como queriendo agradecer con ella a sus hijos costaleros el esfuerzo que realizan en su honor. Y estos, estimulados por la sonrisa de la Madre, la moverán rítmicamente, la elevarán sobre sus cabezas y en un alarde de fuerza y maestría, sostendrán el paso en alto con una sola mano, como queriendo alzarla al Cielo.

Después, de espaldas a la iglesia, mirando a la multitud que abarrotta la plaza, que enfervorizadamente la aplaude, a los compases de la Marcha Real, se retirará a su camarín y con ello se bajará el telón por este año de las procesiones de la Semana Santa. Y volveréis a vuestros hogares o a los lugares de origen con el recuerdo de lo vivido y tendréis mañana algo hermoso para contar a vuestros amigos, a vuestros hijos o a vuestros nietos, y se habrán grabado un poco más, si cabe, en vuestro corazón, estas antiguas tradiciones ovetenses.

A esta Semana Santa, de la que torpemente os he hablado, es a la que en nombre de la Junta de Hermandades y Cofradías de Semana Santa de la Muy Noble ciudad de Oviedo os invito y os convoco, rogándoos antes, a manera de los antiguos autores, que sepáis disculpar los innumerables yerros, licencias y omisiones en que haya podido incurrir este humilde en si, pero orgulloso por lo que representa, pregonero.

Muchas gracias.

José Luis Felgueroso Blanco
Abogado